

Reseña de John Stuart Mill: *Tres ensayos sobre la religión (La naturaleza; La utilidad de la religión; El teísmo)*, editado y traducido por Carlos Mellizo, Madrid, Editorial Tecnos, 2012. ISBN 13: 978-84-309-5502-2

Los tres tratados de John Stuart Mill de temática ético-religiosa recopilados y publicados por su hijastra Helen Taylor (*Three Essays on Religion*) un año después de su muerte, han sido traducidos en esta ocasión por Carlos Mellizo, profesor emérito de la Universidad de Wyoming (EE.UU). El profesor Mellizo ha llevado a cabo un estudio riguroso de dichos ensayos, sumergiendo a su vez a los lectores en el entorno de la vida y obra de John Stuart Mill, una de las más distinguidas figuras del pensamiento filosófico del siglo XIX.

La cuestión más cautivadora y por tanto estudiada por el ser humano ha sido desde siempre la del origen del Universo. Como no podía ser de otra manera, John Stuart Mill nos remite a ello desde el primer ensayo de este volumen, “La Naturaleza”. Mill realiza un profundo análisis del tema alegando la existencia de un dualismo semántico en el que diferencia el concepto de Naturaleza que, según él, aúna todos los poderes, y la Naturaleza en un sentido más limitado, referida solamente a los fenómenos espontáneos. Bajo este pretexto, el filósofo niega la doctrina providencialista, pues sostiene que la esencia del ser humano se basa en la alteración del orden natural, de modo que tras su modificación pueda beneficiar al hombre. Tal y como apunta Carlos Mellizo en el estudio preliminar de la obra, éstas ideas quedan reflejadas en el siguiente párrafo de Mill: “*Toda alabanza de la Civilización, del Arte, de la Invención, equivale a una censura contra la Naturaleza, a una admisión de que ésta es imperfecta y de que es la tarea del hombre, y su mérito, el estar siempre tratando de corregirla o mitigarla*” (pág. XIII del “Estudio Preliminar” de Carlos Mellizo).

Mill continúa preguntándose a través de la máxima “Dios es omnipotente” si “Él” desea, por tanto, que continúe el Mal en nuestro mundo. Añade que las contradicciones sobre la Providencia subsistirán hasta que no se plantee como posible la presencia no sólo del Bien, sino también del Mal. Enfrentados al mundo cruel y dinámico presente, sería más oportuno, parece, exponer la idea de la existencia de un Dios bondadoso pero con poderes restringidos, que en cierto modo dependería del apoyo humano para modificar el orden natural

de las cosas. Es necesario advertir que según el autor, si la misión del ser humano fuese actuar como ayudante de Dios, siempre se correría algún riesgo debido al carácter impulsivo de aquél.

Un Dios con los poderes restringidos evitaría las dudas de Mill y numerosos filósofos, puesto que, según él, todas las acciones del ser humano que atentan contra la vida o la propiedad son superadas excepcionalmente por la Naturaleza, cuyo rasgo característico es la más cruel indiferencia. Por esto, apostilla que el hombre no debe ver en la Naturaleza un modelo a imitar, pues se convertiría en la especie más despiadada si matase, torturase o devastase como lo hace ésta: *“No debemos tener en cuenta en absoluto lo que la Naturaleza hace, sino lo que es bueno que hagamos”* (*Tres ensayos sobre la religión*, pág. 34). Se apoya en esta misma teoría para continuar afirmando, como consecuencia lógica, que la existencia de un Dios omnipotente benévolo secundaría la ley de la justicia, lo que supondría -en el ámbito de la moral humana- que proporcionaría a las personas bondadosas más felicidad que a las viles, como consecuencia de sus acciones.

Por su parte, para comprender íntegramente el ensayo denominado “La Utilidad de la Religión” es imprescindible tener en cuenta la educación utilitarista que había recibido el autor de su padre James Mill y de su amigo y fundador del Utilitarismo Jeremy Bentham (1748-1832), pues es de dichas ideas de las que se sirve John Stuart Mill para permitirse dudar sobre si la felicidad, entendida ésta como la consecución de placer y la ausencia de dolor, ha aumentado entre los creyentes a partir de la práctica de ciertas religiones.

Otra cuestión importante, en esta misma línea, es aquella que fundamenta la benevolencia de las personas en la religión practicada. Desde luego, afirma Mill, el miedo al castigo es el que afecta radicalmente al comportamiento de los creyentes, pero este temor a la condena eterna si tus acciones no son las correctas, es el mismo que impide a las personas religiosas alcanzar la felicidad. Por todo ello, propone Mill un nuevo tipo de religión, para él superior debido a su utilidad, la llamada Religión de la Humanidad, asentada tan sólo en el deseo colectivo de una unidad entre los hombres.

Por todo lo anterior, el autor se propone explorar cuál es el nivel de utilidad que la religión puede ofrecer al ser humano tanto en el ámbito social como en el individual y si esta utilidad es intrínseca o efímera. Por otro lado, pretende descubrir si los frutos que los creyentes aseguran obtener de sus creencias pueden ser obtenidos a partir de otras fuentes, pero sin los perjuicios que aquéllas acarrear.

En cuanto al ámbito social podríamos decir que la religión aportaría unas normas morales que, según Mill, se encargan de etiquetar las acciones en correctas y loables o incorrectas y censurables. Esto conduce a una probable situación (peligrosa) en la que toda la sociedad acepta dichos preceptos –Mill asegura que ocurre debido a la autoridad y la educación recibida–, lo que dificulta que algún individuo muestre su rechazo hacia ellas, e incluso lo lleva a dudar de sus propias percepciones y conocimientos. Mill acentúa el hecho empírico de que el ser humano está permanentemente bajo el poder de la opinión pública; se preocupa de tal forma por alcanzar el respeto de sus prójimos que ésta llega a constituir la motivación predominante. Mill incluso ejemplifica la función de la opinión pública en otros contextos, en los que dependiendo de las características que cumpla una misma acción, ésta será buena o mala.

Concluye Mill la primera parte de este ensayo juzgando la moral religiosa como suplemento de la moral intrínseca humana desligada de cualquier creencia, necesaria para hacer mejores hombres a los ya de por sí buenos, y ejerciendo presión sobre los crueles para que modifiquen su forma de actuar. Entra en juego aquí la premisa religiosa de que los hombres primitivos con comportamientos salvajes basaban su supervivencia y su cumplimiento del bien en estrictos preceptos surgidos de creencias sobrenaturales y no de una moral procedente de seres humanos comedidos y buenos sin influencia religiosa de ningún tipo. Es en este punto cuando apunta Mill que las creencias podrían ser necesarias para perfeccionar el carácter humano si no existieran otras fuentes que ayudasen al hombre a conocer la vía correcta para su mejor futuro.

En relación con lo anterior, cabe destacar que Mill rechaza la sentencia “*Primus in orbe Deus fecit timor*”, aunque sí considera como verdadero que el miedo tuvo mucho que ver con la religión, y señala que la creencia en lo divino fue anterior y no procedió de él. Vincula, además, la religión con la poesía en tanto en cuanto ambas buscan elementos más grandiosos que los que conviven a diario con el ser humano. Por esta razón Mill alude a que: “*Mientras la vida humana siga siendo insuficiente para satisfacer las aspiraciones de los hombres, seguirá habiendo ese deseo de conocer cosas mayores*” (*Tres ensayos sobre la religión*, pág. 103). Sorprendentemente es un argumento en parte utilizado por algunos partidarios de la religión para defender la existencia de la “otra” vida tras la muerte, pues la

vida humana terrestre es muy corta para alcanzar los más ricos sentimientos.

Finalmente, en “La Utilidad de la Religión” el autor hace hincapié en una ventaja imprescindible de las religiones naturales con respecto a la Religión de la Humanidad –ideada por él y citada anteriormente– y que desde el principio ha sido considerada como el rasgo más importante: la promesa de la continuación de la vida tras la muerte; Mill confía en que a medida que el ser humano avance en el buen hacer y vea su felicidad incrementada, menguarán sus ansias por una vida futura y por tanto las religiones perderán adeptos.

Aunque escéptico, John Stuart Mill continúa defendiendo en el siguiente ensayo, “El Teísmo”, el valor moral que puede aportarle al ser humano la religión, por lo que nunca propone su extinción; mas, sí destaca como condición imprescindible de la posición teísta que jamás coloque al individuo creyente ante un dilema Razón vs. Dogma en el que sólo sea posible tomar una vía.

En este tercer ensayo, Mill realizó una división en cinco secciones: la primera constituye una muy interesante introducción general al Teísmo.

Así como en el siglo XVIII se empleaba el sentido común para justificar el escepticismo de algunos individuos en lo que se refería al concepto religioso, en el presente, dice Mill, los no creyentes se sirven de la ciencia para acreditar sus ideas. Mill pone énfasis en que la creencia en una pluralidad de seres divinos resulta más natural en la mente humana que suponer la existencia de un único y soberano Dios (David Hume, *Historia natural de la religión*), que todo lo hace y todo lo puede. Sin embargo, no se cuenta con ningún tipo de prueba o información que permita al ser humano afianzar la existencia de un ser Creador todopoderoso. Desde este punto, Mill se afana por exponer los dos métodos corroborados anteriormente por varias escuelas de pensamiento: las pruebas *a priori* (que en el fondo derivan en argumentos con rasgos mixtos y compartidos en parte con el segundo método), y las pruebas *a posteriori*, argumentos “científicos” que estudian el mundo y su origen a partir de la experiencia humana.

El autor analiza en otras secciones de este mismo ensayo varios argumentos más, tales como el de la Causa Primera –como él mismo apunta: “*todo lo que conocemos tiene una causa y debe su existencia a dicha causa*” (*Tres ensayos sobre la religión*, pág. 134–, respecto del cual expresa sus dudas puesto que en la Naturaleza podemos hallar elementos constantes y elementos variables. Aunque esta idea

será el sustento hipotético fundamental de su ensayo “El Teísmo”, no obstante, en sus conclusiones admite que el argumento sobre la primera causa carece en el fondo de valor, pues no es posible encontrar una causa para la existencia de algo que no tiene comienzo.

Otros argumentos, como el del Consenso general de la Humanidad, que se centra en la defensa histórica de la religión presente en los escritos de los “sabios”, o el de la Conciencia, en el que prima el conocimiento directo de la divinidad a través de la propia conciencia, le parecen a Mill los más inverosímiles.

Por considerarlo el más importante, deja para el último lugar el argumento de las Señales del Diseño de la Naturaleza, ya que parece tener un carácter científico que se basa sólo en la experiencia, por lo que le dedica un análisis más profundo que a los anteriores.

De aquí en adelante, el pensador se ocupa del análisis de las cualidades más definitorias de la religión. Asuntos como los Atributos de la divinidad, la Inmortalidad y la Revelación. Comenzando por el primero, se centra en la omnipotencia, rasgo que según Mill es contrario al argumento que defiende la existencia de una Planificación del Cosmos y que, por tanto, es negado por la llamada religión natural. La idea de los poderes restringidos del Creador que dicha creencia conlleva, lleva a Mill al siguiente problema: cómo definir cuál es el nivel de limitación de la Divinidad y qué acciones y consecuencias puede implicar dicha limitación.

Otra cuestión es la de la inmortalidad, asunto en el que muestra una opinión dividida en dos vías: la inmortalidad ansiada debido a la propia creencia religiosa, y la inmortalidad deseada *a priori*, sin vinculación ninguna a los dioses. No obstante, es cierto que la inmortalidad del alma sólo puede ser anhelada por aquellos individuos que crean en el alma como sustancia disociada del propio cuerpo físico, lo que a menudo está estrechamente relacionado con las religiones y creencias basadas en las fuerzas sobrenaturales.

Finalmente se ocupa de la Revelación, y para ello vuelve al tema principal de este ensayo, centrado en la preocupación del Dios hacedor del mundo por otorgar felicidad a sus habitantes o al menos facilitarles su alcance (obviamente éste es el pensamiento de los creyentes). Por esta razón, sería altamente posible que la Divinidad hubiera protegido a sus vástagos entregándoles una serie de preceptos que los guíe en la vida que les ha modelado. Incorpora en este punto la cuestión de los milagros, en cuya definición Mill halla la más fuerte incoherencia, pues causa la ruptura de una ley natural: “*un milagro*

es, en el mayor grado posible, contradictorio a la experiencia; pues si no fuese contradictorio a la experiencia, no sería un milagro” (*Tres ensayos sobre la religión*, pág. 202), y agrega a este estudio numerosas pruebas tanto negativas como positivas. A esto añade el hecho de que en el supuesto de que se diese un milagro, éste debería estar en armonía con otras causas que hagan posible su cumplimiento.

Finalmente, John Stuart Mill introduce un apartado final en su ensayo “El Teísmo” absolutamente característico de su posición filosófica, en el que valora sus ideas y se preocupa por explicar qué razones lo llevan a defender dichas teorías y por tanto a reafirmarse, y qué razones considera podrían ser reestudiadas.

En conclusión, en esta obra tan acertadamente editada por Carlos Mellizo, hallamos un compendio de las percepciones millianas sobre la religión natural y la revelada, que reflejan su larga trayectoria en el ámbito de las creencias y su discusión. Su carácter utilitarista está reflejado en cada uno de sus juicios, y se puede decir que es, precisamente, este pensamiento el que le ha llevado a tales escritos, todos ellos contruidos desde el mayor respeto posible y nunca declarando sus ideas como verdades absolutas, pues siempre otorga un espacio a la duda. Por este motivo, los *Tres ensayos sobre la religión* de Mill siguen siendo plenamente recomendables no sólo para todos aquellos lectores interesados en la filosofía moral utilitarista, por supuesto, sino también para aquellos quienes, desde fuera del utilitarismo, desean introducirse en las ideas de Mill desde un punto de vista amplio y equilibrado.

Xaquelina Matesanz Tojeiro
Universidad de A Coruña
e-mail: <xaquelina.mtojeiro@udc.es>